

# Una realización interamericana

(Véase en este tomo la página 126)

CUANDO más nos guía la luz inflamada del ideal, sus formas concretas aparecen menos accesibles, y así es cómo la vida se suele ir en correr tras la esquivada sombra propia.

Una realización armoniosa y soñada sorprende de tarde en tarde para darle a la ilusión alas renovadas y al anhelo otras perspectivas. Creemos ver una de esas ocasiones felices en el homenaje constituido por este ejemplar, (1) donde queda vivificado un alto y noble designio.

Han pasado dos años desde la fecha en que esbozamos algunos principios de americanismo práctico, bajo el autorizado auspicio de la Panamerican Society, al contestar la elevada palabra congratulatoria de Basset Moore, maestro y apóstol de la cordialidad internacional.

Como el ilustre profesor se refiriese a ellos con benevolente encomio, dirigiéndose al actual presidente del Uruguay, nos sentimos estimulados a fijarlos por primera vez sobre esta portada, a la manera de aquellas inscripciones que en el solar ancestral revelaban el culto y el mantenimiento de la fe venida de pasadas generaciones gloriosas, en cuyo blasón si cabía a la vez la imagen de algún cruzado, cobraba el lema autoridad perenne.

\* \*

La solidaridad continental tiene dos conocidas y tradicionales fórmulas de expresión: el monroísmo y el pan-americanismo. Cuando se las ciñe a su concepto originario y real se advierte que son insuficientes para abarcar los actos llamados a dar vitalidad a una convivencia de recíproca inteligencia y beneficio.

La doctrina de Monroe no es propiamente una doctrina, y el pan-americanismo se circunscribe a una acción meramente oficial, de gran trascendencia, pero substraída a toda otra actividad que la de las decisiones gubernamentales.

Entretanto, los pueblos, a través de las múltiples facetas donde podrían reflejar su actividad, mantienen un contacto tan eficaz como aquellos postulados para su recíproca unión, y estos hechos que se concretan en las artes, en las industrias, en el comercio, en las emulaciones del deporte, en todos los campos de la actividad, carecen de una designación. Antes de

intentar una síntesis aclararemos las referencias un tanto enfáticas con que no hemos pretendido demoler la eficiencia reconocida de las dos grandes fuerzas de cohesión material y moral vinculadas al nombre de Monroe y al concepto de panamericanismo.

Bajo la designación de doctrina de Monroe la creencia vulgar entiende que se ha caracterizado una tendencia espiritual del pueblo de los Estados Unidos hacia sus hermanos de América, mantenida por la acción vigilante del Gobierno de la Unión. Un examen más atento permite advertir, sin embargo, y así lo pensaba Lansing, que sólo hay en ello una política de los Estados Unidos. Una política de Gobierno que, como todas, atiende primordialmente al interés del Estado, pero que en el caso ha resultado altruista dentro de su egoísmo, aunque sin haber tenido por fin principal otro punto de vista que la posición de los Estados Unidos frente a Europa. Como hecho nuevo, hubo que darle en su hora una definición, y de los documentos oficiales surgió a su copiosa bibliografía revestido de caracteres doctrinarios, aunque ni su aplicación ni su exégesis han podido modificar su carácter inicial de acto esencialmente político. Unilateral, dentro del continente no comprende sino una actividad limitada y circunscripta, sin que esto haya obstado a que sea uno de los más eficaces instrumentos de la rápida consolidación de la libertad de todas las Américas. Creemos que la mayor eficacia de la política proclamada por Monroe ha sido su acción de presencia, y acaso esta forma imprecisa y latente le ha dado en la imaginación popular, por su escaso acervo de hechos, el carácter que suele acompañar a las proclamas puramente ideológicas.

En cuanto al pan-americanismo, trasladémonos momentáneamente a Washington.

Existe allí el palacio de la Unión Panamericana; en uno de sus salones se reúnen, bajo la presidencia del secretario de Estado de la Unión, los representantes diplomáticos de las demás Naciones americanas y discuten con diversa eficacia variadas cuestiones. Un museo, un archivo y sendas imágenes de los respectivos próceres completan el cuadro. Las reuniones, sólo por el hecho de existir, resultan de suyo beneficiosas para la buena inteligencia internacional, aunque todos los esclarecimientos son destinados exclusivamente a las Cancillerías

por la acción de sus agentes. Es una obra oficial por excelencia, y, por otra parte, resulta difícil comprender cómo la irradiación total que el pan-americanismo envuelve dentro de su significado etimológico pudiera encontrar asiento permanente fuera de la ordenación restringida con que la ha concebido el espíritu práctico que suele caracterizar las iniciativas, a las cuales la Casa Blanca les presta su auspicio y su atención.

\* \*

Entretanto, los pueblos de América se vinculan entre sí por una obra cotidiana de acercamiento de sus hombres y sus actividades. Climas diferentes los hacen complementarios unos de otros en su producción, y ayer, no más, veíamos en Buenos Aires los telares del Brasil en circunstancias en que nuestros vinos empezaban a atraer ese mercado.

Una musa evoca por su propia figura la belleza fluminense en nuestra capital, y de su personalidad sugere se desdoblaron la poesía y la escultura nativas, en una triunfante apoteosis de arte.

Hoy están todas las Embajadas de América en Río, como en su hora lo estuvieron en Buenos Aires y en Santiago.

De tales actos, tan diversos y tan inconexos, surge la acción de interamericanismo, como lo denominamos en Nueva York para diferenciarla de las concepciones clásicas—monroísmo y pan-americanismo—a las que aventaja en actualidad y en movimiento.

No es una religión, ni siquiera una doctrina, pero si cada paso concurriese a un fin, toda iniciativa tendría una conciencia o una misión. La de los hombres de América consiste en aproximarse por todos los medios que son propios a cada actuación individual.

Si se crease un comité en cada gran centro, que diese carácter y personalidad a tantos movimientos espontáneos y alentase el intercambio intelectual y material, organizase y fomentase visitas de maestros y alumnos, diese estímulo a las tentativas comerciales y revelase el noble carácter de las justas deportivas, cada una de esas organizaciones constituiría una Casa de América, como con sagaz anticipo ha sido creada en España.

Río de Janeiro podría aparecer, en una fecha gloriosa, como la cuna de esta creación, que habría de servir de guía a tantos espíritus animados del fervor de la confraternidad y la recíproca inteligencia.

Nuestro continente acaba de dar un alto ejemplo al mundo. Precisamente Europa viene a demostrarnos, con el doble fracaso de Génova y La Haya,

(1) Refiérese a *La Nación* en el primer Centenario de la Independencia de los Estados Unidos del Brasil. (pp. 336).